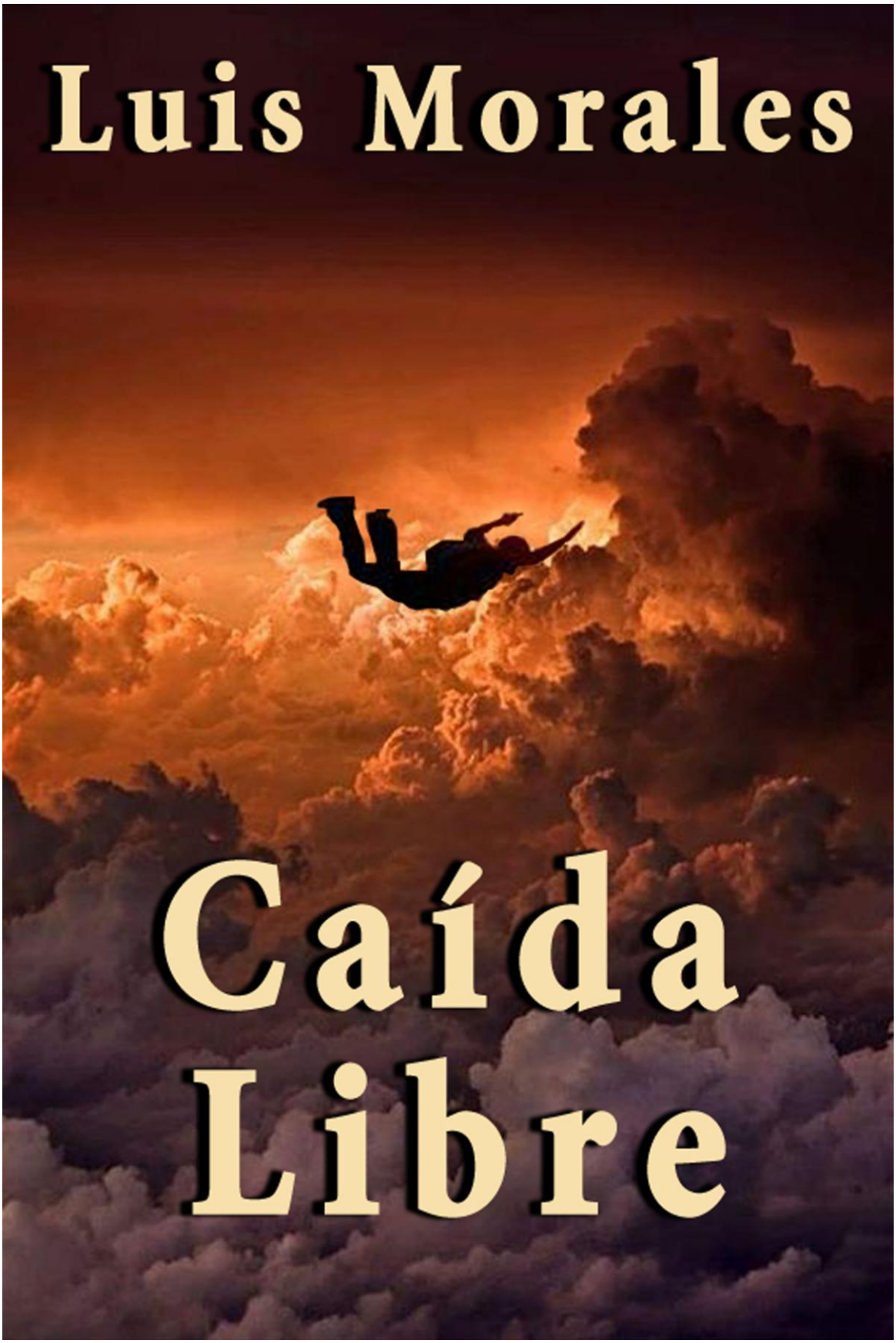

Luis Morales
Caída
Libre

CAÍDA LIBRE

LUIS MORALES

Primera Edición
2017

Copyright © 2017 Luis Morales
Todos los derechos reservados.
luis@luismorales.mx
www.luismorales.mx

Gracias por descargar este e-book. El copyright es propiedad exclusiva del autor.
Si disfrutaste este libro, por favor compártelo.

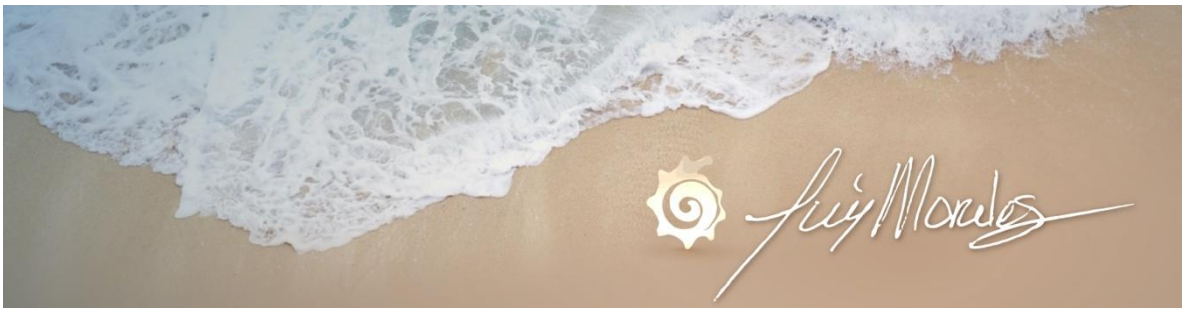
Gracias por tu apoyo.

Para todos, para mí…

Abundancia, equilibro y prosperidad.

INDICE

Prólogo	5
Caída Libre	7
Cuatro Patas	12
El Camino del Guerrero	17
Amigos y Hermanos	21
El Recuento de los daños	26
¿Cuánto necesitas?	30
El Niño de los Caracoles	34
El Juego de los Demonios	38
Las Mil y una Noches	42
Locura Humana	45
Corre, nada y pedalea	49
Soledad Acompañada	54
Quisiera ser tú	58
Silencio ensordecedor	62
Nuevo comienzo	65
Sobre el autor	70



PRÓLOGO

Cuando sentimos que nos hace falta algo y no sabemos qué es. Es un buen momento para detenernos y reflexionar.

Detenernos a contemplar nuestra vida ya pasada y gastada resulta ser un buen ejercicio mental para muchos propósitos. Lo lógico, sería hacerlo para poder elaborar nuevos planes y establecer objetivos, con la esperanza de que nuestro futuro sea promisorio, lleno de cosas nuevas y emocionantes. De hecho, lo hacemos cada que celebramos un año nuevo.

Empezamos llenos de propósitos aguerridos y deseables. Motivados por la convicción de que, ahora sí, nuestros astros se alinearán y pondremos el empeño necesario para que así suceda. Pero, poco a poco y sin darnos cuenta, nos olvidamos de todo y volvemos a nuestra rutina paralizante, haciendo lo

mismo que el año pasado: ganas de cambiar, propósitos firmes, determinación, distracción, rutina… olvido. Y ese patrón se repite año con año.

Pero llega un momento, en algún punto de nuestra vida, cuando de verdad nos enfocamos y empezamos a dejar que nuestras emociones "sientan" y "vibren" al ritmo de nuestro corazón, todo empieza a cambiar y a tomar sentido.

Lo que a continuación leerás son fragmentos de vida, situaciones que han sido gozadas y padecidas, odiadas y amadas, que han conseguido extraer una reflexión de mi mente para que puedan ser escuchadas. Están escritas con el corazón y cargadas de emoción.

Mi propósito esta vez es más egoísta. Lo escribí para mí.

Aún así, la emoción que me embarga el poder compartirlo me alimenta el alma, me hace feliz y me doy cuenta que al final, el propósito de este libro se convierte en el mejor de todos: dar y compartir.

Espero que lo disfrutes tanto como yo lo hice al escribirlo.

Lo deseo de corazón.

Caída Libre.

"Y voy cayendo sin control, en una espiral eterna sin nada que me detenga, cada vez más rápido, imparable, terrible, incierto y doloroso."

Voy, en caída libre.

El tiempo puede ser relativo en cada momento de nuestra vida. Si lo vemos desde un punto de vista positivo, el tiempo vuela, nos hacemos uno con él. Sentimos que no nos alcanza la vida para vivir todo lo hermoso que estamos experimentando, queremos que se alargue, que no pase, que se detenga en el preciso momento en el que nuestra dicha alcanza su plenitud.

En cambio, desde el punto de vista negativo, el tiempo se hace eterno. Y esto no es nada nuevo, todos lo sabemos, lo hemos experimentado, lo hemos padecido y sufrido en innumerables ocasiones.

Lo cierto es, que el tiempo es solo una medida que el hombre inventó para explicar el paso de la materia a través del espacio. Fuimos nosotros los que le dimos nombre a esa medida. Segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años… en fin, encapsulamos en una simple palabra todo lo que nos sucede a diario con la intención de tomar el control sobre él.

El tiempo como concepto puro nunca cambia, no lo ha hecho y no lo hará. Los minutos se componen de sesenta segundos, las horas de sesenta minutos, los días de veinticuatro horas… y así, hasta llegar a cualquier medida de tiempo inventada por el hombre. El tiempo nunca cambia, y mucho menos, se detiene.

La sensación que nos deja el inevitable y constante paso del tiempo, depende enteramente de nuestro estado de ánimo. Es nuestro entorno y la forma de interactuar con él lo que determina como percibimos que el tiempo suceda, la tan usada frase de "el tiempo pasa volando" o la de "se me hace eterno el tiempo", carecen de sentido en el más puro y estricto significado de la palabra.

El tiempo siempre es el mismo. Siempre.

Hay ocasiones, cuando la vida nos juega rudo, muy rudo, nuestros sentidos y emociones se sensibilizan más de lo normal, nuestros sentimientos afloran hasta hacerse completamente presentes e imposibles de esconder, donde nuestra percepción empieza a cambiar respecto de todo lo que nos rodea.

Y lo que nos rodea empieza a desmoronarse, a cambiar, a dejar de ser lo que conocíamos, las emociones se transforman en sentimientos no muy

placenteros, es más, se convierten en dolorosos, tanto, que nos adentramos en una espiral de desolación y miedo, producto de aquellas cosas que nos lastiman o nos lastimaron. La espiral se vuelve infinita, o por lo menos así nos lo parece. Nuestra mente se desconecta de lo lógico y da paso a emociones desordenadas, intensas, dolorosas y constantes.

Es la caída libre.

Pocas personas en el mundo han tenido la fortuna de saltar desde un avión al vacío. Siempre he creído que la sensación debe de ser maravillosa, algo indescriptible entre miedo, pánico, gozo, felicidad, excitación y desapego. Pudieran pasar por nuestra mente tantas cosas en tan solo segundos, que es imposible procesarlas tan rápido y mucho menos entenderlas. Solo se sienten, se gozan o se padecen.

Y esa caída al vacío que por segundos se vuelve eterna, pudiera volverse sanadora en el mejor de los casos. La sensación de que el tiempo se detiene o se alarga lo suficiente para hacer que nuestra alma se aplaque y se sosiegue, sería el perfecto remedio, aunque no nos lo parezca.

A manera de metáfora, lo mismo pasa con esos períodos de nuestra vida en los que nos encontramos en “caída libre”. Serán momentos eternos, sin salida aparente, sin un resultado a la vista, sin un solo aliento de esperanza. Solo nos queda la certeza de que al final, nos espera el suelo para estrellarnos sin remedio, causándonos la muerte emocional a la que tanto miedo tenemos.

Pero no es así, todas las “caídas libres” tienen su final. Es cierto que algunas duran una eternidad, por no decir toda la vida, en cuyo caso la inutilidad de la existencia se vuelve algo real. Pero en otras ocasiones y pudiéramos decir que la mayoría, la caída termina con un aprendizaje memorable, el tiempo que requerimos para llegar al final depende de nosotros y de nuestras decisiones emocionales e inteligentes. Siendo así, el piso con el que nos deberíamos estrellar sin remedio, vuelve a ser un lugar seguro por el cual vale la pena seguir caminando.

Las caídas libres suceden, son parte de la vida. Normalmente no son opcionales y mucho menos deseables. Pero si logramos entender, que el tiempo no es el que sana las heridas, sino las experiencias vividas y aprendidas, empezaremos a aprovechar nuestro tiempo de mejor manera, y a vivir felices aún con los tropiezos.

Si vas cayendo… ten calma, es muy probable que aterrices seguro y tranquilo, pero sobre todo… más sabio.

Cuatro Patas.

¿Te has preguntado si existen los ángeles?

Yo creo que sí, pero no como todos los imaginamos: hermosos, brillantes, con grandes alas y todopoderosos.

Más bien pienso que los ángeles vienen en envases diferentes. Creo que siempre han vivido entre nosotros en forma de perros. Sé que suena raro, pero entre más lo pienso más me convenzo de ello.

Mi vida, desde que me acuerdo siempre ha estado rodeada de esos maravillosos animales. Los ha habido de todos los tamaños y razas, todos recordados, todos siempre presentes.

Haciendo un poco de investigación, el perro proviene del lobo, que en algún momento, empezó a tener contacto con tribus nómadas, interactuando con el hombre y volviéndose un compañero fiel. La especie "perro" realmente no existía por sí misma, fue el ser humano el que se encargó a través de siglos de evolución, de fabricarse un compañero "a la medida".

Y tal fue su fascinación con estos animales, que hoy en día, continúa creando nuevas “razas” de perros, siempre con la intención de que sirvan para el propósito que el humano requiere. Los propósitos han sido variados y extensos por no decir más, desde los más benévolos y útiles hasta los más perversos y trágicos.

Así pues, fue creado el perro.

Pero dejando un poco su origen, lo que nos encanta de ellos es su propósito. Si lo pensamos un poco, un perro siempre está dispuesto a brindar felicidad, que a mi manera de ver, ese es su propósito principal. Son animalitos como pocos, nos transmiten con su mirada todo su sentir y toda su emoción, siempre atentos a nuestros actos, ya sean buenos, indiferentes o perversos.

Un perro siempre está ahí, incondicionalmente. Fiel hasta la extenuación y dispuesto al sacrificio por su amo. Sinceramente, no conozco algún otro animal con esas características, se que todos los animales son maravillosos y todos tienen su encanto tan solo por ser obra perfecta de Dios, pero los perros en especial tienen un propósito claro en su vida, y pareciera que lo supieran. Basta con mirar profundamente en sus ojos y si somos buenos observadores, encontraremos su alma.

Viven poco, no necesitan vivir más. Llegan a este mundo con todo lo que necesitan para brindar felicidad, no tienen que aprender a vivir felices como nosotros, ni siquiera tienen que decidirlo. Ya son felices… nacen felices.

Los hay de todos los tipos. Los afortunados que llegan a tener a un amo cariñoso que los cuida y los procura, los desgraciados que cayeron en manos de almas perversas que los convierten en instrumentos de violencia y salvajismo, los olvidados por todos, que sobreviven a las calles y al desprecio de los humanos. No importa su forma ni su tamaño, su fealdad o su hermosura. Todos los perros poseen un encanto mágico que los hace seres bendecidos, dispuestos a compartir todo su ser con algún humano afortunado que así lo desee.

Son criaturas que siempre están dispuestas a cumplir con todos nuestros caprichos, a llenar vacíos en el alma, a ofrecer consuelo con su compañía, felicidad con su presencia o aguantar valientemente nuestro desprecio, enojo, y frustración. Son los compañeros perfectos solo para aquel que se da cuenta de su valía. Y si hemos sido bendecidos con la capacidad de ver en ellos a nuestro mejor amigo, compañero y consuelo, seremos gratamente recompensados.

Cada vez que el ser humano pide consuelo y amor, Dios le responde de muchas maneras. Somos nosotros los que no nos damos cuenta de sus respuestas porque no estamos atentos a escuchar y a sentir. Si abrimos nuestro corazón y nuestra alma, siempre lo escucharíamos.

Y poniendo un poco más de atención, nos daremos cuenta que tenemos entre nosotros algunas de esas respuestas que tanto buscamos. Andan en cuatro patas moviendo la cola, son traviesos, feroces, cariñosos, desesperantes, amables, fieles, encantadores, odiosos y todos los adjetivos que se nos puedan ocurrir. Al final, los perros terminan realizando siempre su propósito, ese trabajo tan importante por el cual existen y por lo que se esmeran constantemente… dar felicidad.

Dan todo su ser incondicionalmente, sin reservarse nada para después. Lo dan completo, intensa y continuamente. Como si de ello dependiera su existencia.

La próxima vez que observes la mirada de alguno de estos animalitos, busca en ella algo más que un simple perro y quizá, solo quizá, veas un ángel enviado por Dios para tocar tu vida de alguna manera.

Así es como lo veo yo, aunque sea una manera simple, romántica y hasta tonta de ver las cosas, me gusta creerlo así.

Y si los perros no van al mismo cielo al que muchos de nosotros aspiramos ir, estoy seguro que existe el Cielo de los Perros donde todos ellos van a descansar al final de sus días… todos, sin excepción.

Pero no me creas a mí, mejor búscate un perro y lo verás.

El Camino del Guerrero

Recorrer distancias todos los días, nos da la sensación de que avanzamos. Avanzamos en distintas direcciones; caminamos, corremos, nos tropezamos, nos levantamos, pero nunca nos detenemos.

La sensación de no avanzar en alguna dirección no nos gusta, nos desespera y hasta la odiamos.

Sería una tragedia quedarnos estancados en nuestros propios anhelos, que lejos de proporcionarnos esperanza de un futuro mejor, se convierten en obstáculos insalvables de parálisis desoladora.

El no avanzar hacia "algún" lugar nos atormenta y nos sobrecoge, es por eso que instintivamente, no paramos nunca. Siempre estamos ocupados en algo útil en el mejor de los casos, o preocupados en el peor, sumidos en una inútil espiral ociosa. Pero eso sí, nunca paramos.

El estar “ocupados” nos distrae, nos evita pensar profundamente en aquello que nos sobrecoge y que nos agobia. Y como son pensamientos que no nos agradan, mejor nos ocupamos en cualquier cosa.

Los períodos vacacionales fueron creados para descansar el cuerpo y el alma del ajetreo diario de nuestro trabajo. Por lo menos, eso es lo que pensamos siempre que deseamos “tomarnos unas vacaciones”. Así fue establecido por no sé quién, no sé cuándo y no sé dónde. Sinceramente dudo que haya pensado bien el propósito real de “tomar unas vacaciones”.

Lo que deseamos inconscientemente al darnos ese periodo de tiempo, que por lo general es muy corto; es parar. Detener esa espiral de ocupación tan constante, tan intensa y tan abrumadora, parar para que nos brinde la oportunidad de tomar fuerzas, para después, de nueva cuenta, seguir avanzando. ¿Hacia dónde? No importa, avanzar es la prioridad.

Cuando nuestra mente se calma, da paso a la reflexión. El alma se aquieta y el corazón se conecta, es ahí cuando llega el momento en que verdaderamente paramos y nos brindamos la oportunidad de conectar.

No importa en donde nos encontremos o lo ocupados que estemos, pararemos para que nuestra consciencia haga lo suyo, para tomar las riendas

del camino andado y poder soñar con el futuro deseado, en ese momento nuestro propósito de vida toma sentido y cambia.

Dice la canción: “Los caminos de la vida, no son como yo pensaba, no son como los imaginaba…”

Pensarlo así, me parece bastante triste, casi rayando en lo patético. Los caminos no los hace la vida, no están prediseñados para que los caminemos de tal o cual manera. La vida solo nos proporciona un escenario vacío, completamente vacío, esperando ser llenado con nuestro andar.

Caminaremos nuestro sendero construyéndolo a cada momento, con un dejo de incertidumbre necesaria para no perder el enfoque, con el coraje justo para no perder la fe y con la constancia suficiente para no perder el paso.

Y cuando necesitemos parar… paremos. No pasa nada si dejamos de avanzar un poco, siempre será mejor arrear las velas en un mar tempestuoso y conservar la calma y las fuerzas, que avanzar imparables hacia un naufragio seguro.

Avanzar no es el propósito de nuestras vidas. El propósito es ser feliz, y para ello tenemos que recorrer nuestro camino, el que nosotros construyamos a cada instante, soñando, gozando, sufriendo… viviendo.

El avance no se mide con las distancias, se mide con los momentos que te quitan el aliento. Si caminas y no sientes nada, detente. Vas en el camino equivocado. Pero si avanzas y tu alma vibra a cada paso, felicidades, seguramente encontraste tu camino.

"Y avanzo hacia el infinito con la seguridad que mi alma construye…

El Camino del Guerrero"

Amigos y Hermanos.

"Y el alma se descompuso, y el alma se perdió… ¡qué triste! El alma no tiene arreglo".

Solo un buen taller de reparación es capaz de arreglar el problema, y de esos talleres, hay muchos.

El mundo gira, lo hace sin parar. Al menos en la historia de la humanidad nunca se ha sabido que el mundo haya dejado de girar alguna vez. Y no lo va a hacer, por lo menos no en los próximos siglos.

Pero que el mundo no deje de girar tan solo es una expresión que usamos para ejemplificar que nada se detiene en esta vida. Quizá sea una manera divertida, alegre, o hasta conformista de saber que la vida continúa, sin importar lo que las personas hagan o piensen.

Y como somos parte de este mundo, estamos obligados a convivir con todas las criaturas vivientes y a disponer sabiamente de los recursos que nos brinda la naturaleza. Y digo obligados, porque nadie pidió por voluntad propia, venir a este mundo.

Pensándolo bien, nadie nos preguntó, nadie nos tomo parecer, no fue decisión nuestra venir a esta vida a vivirla… o a padecerla.

Pero así fue, aquí estamos nos guste o no, conviviendo con millones de seres humanos, que tampoco tuvieron la oportunidad de decidir venir a este mundo. Somos producto de las decisiones de otras personas antes que nosotros, que en un acto de amor, compromiso, felicidad o descuido, determinaron que debíamos existir.

Y así fue diseñada la preservación de la especie, en algún tipo de cadena de suministros inacabable, movida por el instinto de supervivencia del ser humano y la constante necesidad de dejar huella en este mundo.

Entonces, si no decidimos llegar al mundo por libre albedrío, venimos completamente en blanco. Listos para escribir páginas y páginas en nuestro haber, que determinarán nuestro camino y eventualmente, nuestro final.

Venir totalmente en blanco nos da la posibilidad de escribir lo que queramos, aunque los primero años de nuestra vida tengamos que depender de nuestros padres para ello. Aún así, las páginas principales serán escritas por nosotros.

Y como no nacimos siendo escritores de vidas, seguramente nos equivocamos muy a menudo en lo que escribimos. Y a fuerza de tantas equivocaciones, se nos descompone el alma de vez en cuando.

Grave es el asunto cuando esto sucede, un alma descompuesta puede ser la perdición total de toda una vida. Desperdiciada al extremo, inútil existencia, vacío perene que nunca termina en un final feliz. Así de grave puede ser que el alma se nos descomponga.

Y si se nos descompone el alma algún día, podríamos pasarnos toda la vida buscando algún taller que nos la componga, eso nos agobia. Pero calma, no es difícil encontrar ese taller. Solo basta fijarnos bien y estar atentos a los buenos mecánicos que existen todo el tiempo por ahí, más cerca de lo que imaginamos.

Si tienes la fortuna de contar con personas a tu alrededor que te quieran, que de verdad te quieran, serás de los afortunados ganadores que llegan a esta vida con un taller de servicio para almas y unos “mecánicos” expertos a tu disposición.

Normalmente esos “mecánicos” son parte de nuestra familia. Es el mejor lugar donde encontrar cariño y amor incondicional. Y no es que sean expertos en arreglar almas, nadie lo es. Lo que tienen a su favor es

precisamente el cariño y el amor que nos brindan. A veces no es necesario que nos digan una sola palabra, ni de aliento, ni inteligente, ni motivadora. No, tan solo con prestarnos su hombro para llorar, es más que suficiente para reparar el alma.

El alma de esos "mecánicos" se conecta y vibra a la misma frecuencia que la nuestra, ayudándonos a recobrar el paso y calmar nuestro agobio. Es un proceso sanador, casi mágico que todos traemos dentro, siempre podemos hacer uso de él, sí así lo deseamos.

Pero no siempre los sanadores son parte de nuestra familia, a veces suelen ser amigos entrañables los que nos brindan arreglo y consuelo. Y aún no siendo de la "misma sangre", resulta igual o más reconfortante la compostura del alma.

Es aquí donde comienza la magia. Serán nuestras decisiones y nuestros actos a lo largo de nuestra vida, lo que determine si podemos contar con esas personas, familiares o no, que hagan que su alma vibre junto con la nuestra, sanándonos siempre que lo necesitemos. Es simplemente maravilloso.

Y la magia sucede. Sucede cuando podemos considerar a nuestro hermano un amigo verdadero, y a nuestro amigo, un hermano entrañable.

Siendo así, al final nos ayudarán a reparar el alma cuando esté rota, a reconfortarla, a guiarla o simplemente, acompañarla en su transición.

Serás afortunado si tienes a tu alrededor ese clase de personas. Pero más afortunado serás, si te conviertes en una de ellas.

Conviértete en un hermano-amigo, o en un amigo-hermano para alguien, te aseguro que si lo haces, tu alma nunca necesitará reparación.

El Recuento de los daños.

"Ven, déjame te cuento algo que me sucedió hace tiempo…"

A todos nos gusta recordar lo bueno que nos ha pasado en la vida, nos encanta transmitir a las personas nuestras vivencias.

Es tentador revivir a cada instante esos momentos "gloriosos" que hemos vivido, tanto, que no perdemos la oportunidad de platicarlos a cualquiera que esté dispuesto a escucharnos o simplemente, recordarlos en silencio. ¡Ah! ! Las glorias pasadas siempre fueron memorables.

Desde que la humanidad existe ha utilizado diferentes métodos para trasmitir sus conocimientos, ya sea de boca a boca, por escrito, con canciones, o cualquier medio que le garantice de alguna manera que su humanidad persistirá a través del tiempo; siempre dejando huella de su devenir, de su historia y de sus proezas. Así lo hemos hecho y así seguiremos haciéndolo mientras la humanidad exista.

Eso hace que el ser humano trascienda. Si los conocimientos no se transmitieran no habría crecimiento, no existiría memoria que nos mostrara lo que ya se vivió, y así, en el mejor de los casos, progresar.

Pero hablemos de lo que nos gusta contar y transmitir en lo personal, así como convivimos, o por lo menos lo intentamos como humanidad, también actuamos como seres individuales. Nuestro futuro depende en gran medida de lo que hemos hecho en el pasado, nos gusta vanagloriarnos de nuestras proezas de antaño y recordarlas de cuando en cuando con esa emoción que nos provocó en su momento.

Es la emoción lo que en realidad nos gusta, no es tanto el hecho en sí. Puede ser que el suceso carezca de importancia relevante, que no haya modificado para nada algún aspecto importante de la vida. Lo que es cierto es que nos provocó un sentimiento.

Esa emoción agradable o desagradable que derivó en un sentimiento digno de ser recordado. Aquellos momentos que nos "quitan el aliento", de alguna manera el corazón y la mente los registra para siempre, son guardados en lo más profundo de nuestro ser y al pasar de los años, se vuelven parte importante de nosotros, viven en nuestro corazón y serán recordados constantemente.

Pareciera que somos unos constructores incansables que van pegando ladrillo a ladrillo una pared infinita, acomodando las piezas de tal manera que vayan construyendo algo digno de ser recordado, hasta que nuestro paso por esta vida, haya terminado. Por lo menos en teoría, eso es lo que creemos que vendría siendo el propósito final de nuestra vida.

Pero normalmente realizamos esta obra sin tomar conciencia de lo que estamos construyendo, porque nuestra cotidianidad nos ciega haciendo del proceso, un trabajo mecánico sin mayor trascendencia. Pegamos ladrillos todos los días, uno tras otro, iguales y seguros… uno tras otro.

Hasta que llega el momento de parar un poco, contemplamos nuestra obra avanzada y nos damos cuenta que no es lo que nos imaginábamos, o por lo menos, lo que teníamos planeado según nuestros cálculos. Es ahí donde decidimos hacer un recuento de daños.

En realidad, no hay daños, es nuestra percepción, de acuerdo a nuestro juicio, lo que nos hace creer que las cosas han estado equivocadas en algún punto de nuestra vida, eso nos da la sensación de haber colocado mal los ladrillos que con tanto esmero hicimos y creímos era lo correcto. Pero si lo analizamos bien, todo abona. Malo o bueno, todo es parte de una

construcción imperfecta que nos otorga esa humanidad, perfectible y soñadora.

Todo lo construido hasta el momento forma parte imborrable de nuestras vidas nos guste o no. Y, si este hecho es así de drástico, lo único que nos queda, es aprender de nuestros errores para no repetirlos y no seguir construyendo en tal o cual dirección equivocada, o simplemente, vanagloriarnos y sentirnos satisfechos por aquello que, a nuestro juicio, hemos estado haciendo bien.

Al final, todos los ladrillos colocados hacen de nuestra existencia algo memorable, digna de ser recordada, o no. Abonando así, al proceso de continuidad del ser humano.

Asegúrate de escoger bien tus ladrillos, que una vez colocados perdurarán así por siempre, dejando una huella imborrable de tu paso por la vida. Construye tu obra con emoción, pega los ladrillos de tu vida con la confianza de estar haciendo lo correcto, eso te garantizará que quieras recordar tu obra de cuando en cuando.

Y si vale la pena, seguramente habrá alguien dispuesto a escucharla.

¿Cuánto necesitas?

"Las cosas que más deseas no siempre vienen en paquetes disponibles y a la medida".

Definitivamente, la vida es un gran supermercado donde puedo comprar grandes cosas.

¡Que maravilloso sería que verdaderamente la vida fuera un gran almacén donde pudiéramos ir a comprar lo que quisiéramos! Caminar por los pasillos de la "abundancia" metiendo al carrito de las compras todo el amor que necesitamos, todo el cariño que requerimos y toda la comprensión que nos hace falta.

Pero, pensándolo bien, si así fuera la vida, no necesitaríamos un corazón que sintiera, una mente que pensara o un alma que gozara o se estrujara a cada instante.

Las cosas cuestan. Y es así como todos los días, nos levantamos para realizar nuestra actividad remuneradora a la que llamamos trabajo, tan solo

porque nuestro cuerpo nos demanda una subsistencia básica. Necesitamos comida para alimentarnos, techo para refugiarnos y vestido para protegernos, todo eso nos demanda que vendamos nuestro tiempo en formas organizadas, ya sea en centros de trabajo o con nuestro propio emprendimiento.

Y como no todos tienen la misma capacidad de generar recursos para ese sustento, las desigualdades no se hacen esperar. Pero, no es el tema económico básico el que nos ocupa.

Nuestra existencia requiere de muchas cosas más de lo meramente físico para vivir. Todo aquello que nuestro corazón nos demanda, nos hace mella en nuestro ánimo tratando de conseguirlo a toda costa. Quizá sea el instinto de supervivencia heredado de miles de años de evolución, o quizá, en el mejor de los casos, sea el libre albedrío lo que nos mueve a salir a buscarlas.

Pero resulta que la vida no es un supermercado. Por lo menos no uno como los que estamos acostumbrados a ir cuando requerimos de algo, no nos ofrece los productos que requerimos con la facilidad a la que estamos acostumbrados. Entonces, las frustraciones empiezan.

Nos frustra no poder “comprar” el verdadero amor, nos enoja no ser capaces de adquirir salud para nuestro cuerpo, aún teniendo una solvencia

económica boyante, nos vemos continuamente limitados al querer ser reconocidos por las personas, esas que no ven en nosotros el dechado de virtudes que creemos que somos.

En fin, por más que busquemos por todos lados, no encontramos nunca ese supermercado tan solicitado que nos brinde la seguridad de adquirir todo lo que nos hace falta en nuestro corazón.

Ese tipo de necesidades no son fáciles de cubrir, no desde el sentido que normalmente le damos a las cosas que requerimos. Pero, cuando dejamos de estar distraídos, cuando el acelerado ir y venir de nuestra cotidianidad se ralentiza, encontramos ese maravilloso "supermercado".

Lo encontramos en el lugar menos esperado, dentro de nosotros. Siempre ha estado ahí, nos ha acompañado de manera ininterrumpida, listo a brindarnos todo lo que hemos demandado siempre. Y lo mejor de todo… gratis.

Algunos lo encuentran más rápido que otros, algunos son tan afortunados que lo han construido conscientemente y a la medida de sus necesidades, otros nunca lo encuentran, y los hay aquellos que aún sabiendo que lo tienen, nunca van de compras.

Nuestro interior está listo para albergar cualquier cantidad de "productos" necesarios para vivir, solo hace falta que despertemos nuestra conciencia, para poder acceder a esa tienda tan necesaria.

¿Y cómo lo hago? ¿Cómo despierto mi conciencia? ¿Cómo me doy cuenta que tengo acceso a todo lo que necesito desde mi interior?

Solo decídelo.

Así de simple, toma la decisión de querer hacerlo. Tomando acción, creyendo firmemente que somos capaces y merecedores de todo lo que la vida nos ofrece. No existe una fórmula mágica para hacerlo, para cada uno será diferente, para cada uno será especial. Lo que sí es seguro, es que para cada uno de nosotros, es posible.

Y si la posibilidad de realizarlo es segura, no nos queda otra opción más que buscar y encontrarla, es más fácil de lo que pensamos.

Así es que, no lo pienses mucho. Decídelo, atrévete, toma acción, siéntelo y… sal de compras.

El Niño de los Caracoles

"Siempre ha estado ahí; atento, confiado, soñando, esperando ser descubierto por él mismo."

Y se descubrió.

Pasa que nuestra vida transcurre tan rápido ante nuestros ojos y nuestros sentidos, que muchas veces nos marea, nos distrae y nos aleja de nuestro verdadero propósito. Aunque el paso del tiempo siempre sea el mismo para todos, a nosotros nos parece que no tenemos nunca el suficiente para poder vivir realmente como queremos y que nunca lograremos tener lo necesario.

Según nuestra mente, tener lo necesario es siempre querer más de cualquier cosa, más comodidad, más placer, más dinero, más reconocimiento. Aceptaremos todo aquello que nos da, todo lo que recibimos con agrado, todo lo que puedo obtener por cualquier medio, la condición única es que aumente nuestra comodidad o nos aliviane nuestro pesar.

En el sentido estricto de la supervivencia, eso es correcto. Nuestra mente intenta mantenernos siempre en un estado de comodidad "cómoda" y

se valdrá de cualquier artilugio que nos mantenga enfocados en eso. Le llamaremos “parálisis paradigmática”.

Seguimos fielmente nuestros paradigmas tan arraigados a nuestra conciencia que no nos damos cuenta que, a veces, nos arrastra y nos aleja de nuestro camino soñado. Terrible error es caer en la “parálisis paradigmática”. Porque, aparte de no darnos cuenta que es una acción que debemos cambiar, nos paraliza el entendimiento, nos nubla el juicio y la razón. Pero, no nos pasa absolutamente nada si nos paralizamos, en realidad seguimos con nuestra vida, monótona y segura, sencilla y acostumbrada, simple e intrascendente.

¡Ese es el problema! ! ! Que no pasa nada ¡

Nada de nada. Quizá a la mayoría de las personas eso les agrade, o eso es lo que creen cuando no se salen de sus pensamientos seguros y paralizados. Pero resulta, que a algunas no las satisface y comienzan la búsqueda.

Sin saber por dónde empezar y mucho menos donde terminará, comienza la búsqueda de “algo” que los inquiete, “algo” que los motive, porque muy dentro de su corazón, saben que no nacieron para cosas pequeñas ni para conformarse con la parálisis del alma que los lleva inexorablemente, a una existencia gris y sin sentido real.

El niño de los Caracoles despertó. Encontró uno de sus grandes propósitos en la vida: transmitir y enseñar.

Este capítulo trata de mí solamente, así de egoísta como se oye, así de personal como lo siento, así lo quise escribir. Era necesario para mí plasmar ese sentimiento y esa emoción que me llevó a empezar una nueva etapa en mi vida. Una etapa dichosa y próspera, un ciclo nuevo que hará que este agradecido toda mi vida por ello.

Espero que lo que has leído en este compendio o en el pasado, te motive a buscar más allá de tu mente, más allá de tus horizontes conocidos y te permita explorar nuevos mundos y nuevas formas de expresión. Te aseguro, que abonarán a tu alma algo enriquecedor, algo fantástico que querrás trasmitirlo de alguna manera, no importa la edad que tengas. Siempre es bueno redescubrirse.

Mi corazón bailó, se entusiasmó, cantó y brincó de alegría. También lloró, grito y sufrió de dolor. Y fue maravilloso.

Descúbrete de nuevo, emociónate de nuevo, has un compromiso con tu futuro y con tus sueños, son realizables todos, siempre y cuando les permitas ser, tan solo eso. Solo cosas buenas saldrán de ti cuando tu alma y tu mente estén en perfecto equilibrio.

Te lo dice un amigo.

Uno que se cree… El Niño de los Caracoles.

El Juego de los Demonios

"No te asustes, solo es un juego"

Eso me repetía una y otra vez. Lo cierto, es que no podía dormir, pensar, sentir… Mucho menos vivir.

Desde niños hemos jugado sin cesar, lo aprendimos y lo hicimos sin ningún esfuerzo y de manera natural, y tal era el placer que nos brindaba, que buscábamos cualquier pretexto, lugar o cosa, para jugar sin descanso.

Jugar en sí es divertido, porque nos entretiene el ánimo, es estimulante porque nos recuerda que estamos vivos, es retador cuando representa un objetivo a alcanzar y lograr, es cansado porque nos demanda esfuerzo físico y mental, a veces, es peligroso cuando lo que hacemos va en contra de lo establecido por el sentido común. Pero eso sí, siempre será un motivo de alegría y felicidad.

Cuando se es niño, jugar ocupa la mayor parte del tiempo, representa una actividad tan natural, tan divertida y tan gratificante que siempre se recordará con nostalgia.

¿Pero qué pasa cuando crecemos?

Se nos olvida jugar. Se nos olvida divertirnos. Se nos olvida que fuimos niños y que nos encantaba hacerlo.

Pero no sería eso tan grave, si nada más se nos olvidara jugar, el problema es que empezamos a "jugar" otros juegos, no tan divertidos.

Los juegos de la supervivencia diaria son tan crueles, tan monótonos y tan devastadores, que les agarramos cariño. Suena ilógico, lo sé. Pero viéndolo desde el punto de vista existencial, pareciera que estuviéramos destinados solo a eso, y lo peor del caso es que nadie nos obliga.

La niñez se acaba, la juventud se gasta y la adultez se vuelve obligatoria. La constante carrera por querer ser aceptados en una sociedad demandante nos genera tal ansiedad, que no reparamos en gastos, en tiempo, en esfuerzo y en capacidad para correr ese maratón interminable de estar en donde "deberíamos estar", y ser, quien "deberíamos de ser".

Nos asusta quedarnos atrás, no estar a la altura de lo establecido por no sé quién. Y caemos poco a poco en el Juego de los Demonios, donde nos convertimos en el principal actor, compitiendo por ganar en una justa irracional y desgastante.

Eso es lo único que hace, desgastarnos de a poquito sumiéndonos cada vez más en la ansiedad que nos provoca cumplir cabalmente con el juego. A veces, nuestros esfuerzos los vemos recompensados por ese coche, esa casa, ese gran trabajo, ese gran ser humano que logré "conseguir". Porque al final de todo, de eso se trata el juego, de conseguir cosas y personas. De tener lo "suficiente" y más, para poder ser aceptado y seguir jugando.

Y de repente, la vida se acaba.

La conciencia de los niños es perfecta, saben que juegan para divertirse y ser felices, no pretenden más. El propósito no se desvirtúa, porque el alma no está contaminada.

Ya no juego. Pido tiempo. Me regreso a mis primeros años donde la felicidad fluía tranquila, serena y en grandes cantidades. Decido empezar a cambiar las reglas de mi juego. Decido que no me importa lo que dirán de mí, lo que esperan de mí, y lo que sientan por mí.

Ofrezco jugar con alegría y desinterés, ofrezco mis mejores dones, esos que poco a poco voy descubriendo y que me hacen feliz, los ofrezco sin límites y sin la esperanza de recibir algo a cambio. Estoy seguro que sabré desempeñar muy bien el juego de la vida, cuando mi consciencia cambie y me enfoque solamente en lo que vale la pena.

Jugaré a brindar mi ayuda, a escuchar al que quiera platicarme, a amar a quien quiera ser amado, a ofrecer lo mejor de mí, sin esperar que me paguen con cariño, amor o comprensión.

La abundancia y la prosperidad llegarán sin condiciones, eso me queda claro, porque aprendí a jugar como niño otra vez.

¿Y tú, quieres jugar?

Las Mil y una Noches

"Y pasaron los días, las semanas y los años, hasta que fueron suficientes…"

Y se acabó.

Nos cuesta mucho trabajo entender y sobre todo aceptar cuando algo se acaba. Piénsalo un poco, todo aquello que nos causa placer y bienestar, deseamos que nunca acabe. Puede ser un helado sabroso, un buen vino, una fiesta formidable, un libro cautivador, unas vacaciones agotadoras o una persona inolvidable.

Pero todo acaba. Todo se gasta, todo se usa, todo se desperdicia o se aprovecha, no importa lo mucho que lo deseemos o lo mucho que hayamos trabajado para conseguirlo, el tiempo pasará y cobrará la factura necesaria para que al final, todo cumpla su ciclo.

Es en este punto, cuando todo se pone difícil. Cuando el ciclo se acaba y no nos damos cuenta. Más bien, no queremos darnos cuenta, nuestro corazón suplica por un tiempo más, tratamos de engañar a la vida

creyendo que el ciclo continúa vigente. Aunque nuestra mente y nuestra inteligencia nos digan lo contrario, aunque la lógica marque el final justo y adecuado. Nuestro corazón entra en rebeldía.

Y sufrimos.

Es ese sufrimiento el que nos hace tan imperfectos, tan sensibles, tan humanos, pero a la vez tan tontos. No queremos que el círculo se cierre, no queremos dejar ir lo que ya no puede ser, lo que ya no da más y tiene por derecho natural que acabar.

Nuestro sentimiento de rebeldía no está mal en realidad, al fin de cuentas, son nuestras emociones las que nos hacen vibrar todos los días, sintiéndonos vivos y plenos a cada instante.

Lo que está mal, es no haber hecho lo suficiente para que el círculo se expandiera de tal manera, que tardara toda una vida en cerrarse, y que de manera natural, se cerrará cuando nuestra existencia acabase, creando una sincronía perfecta de nuestro espíritu y nuestra mente.

No todos tienen esa capacidad, o suerte en el mejor de los casos. La vida es algo que sucede todos los días y que aprendemos a vivirla de acuerdo

a nuestra conciencia y nuestro sentido común. Habrá quien llegue al final de sus días con sus círculos más queridos y apreciados cerrándose junto con él.

Habrá quien los haya tenido que cerrar antes de tiempo, porque ya no daban para más y padeció el castigo de la desolación por un tiempo, obligado a adaptarse a su nueva circunstancia y, si fue inteligente… avanzar.

Habrá quien nunca los haya querido cerrar por miedo a la soledad, o por un capricho mal entendido. Y solo obtuvo rechazo, angustia y desamor.

Los días se convierten en semanas, las semanas en meses, los meses en años, y los años en toda una vida. Aprovechar ese tiempo finito de felicidad dependerá de nosotros, mantener abiertos los círculos que más nos importan deberá convertirse en nuestro mayor afán. Cerrar los que ya no den para más, será nuestra mejor decisión.

Será el trabajo de mil y una noches no dejar escapar el encanto de algo tan preciado. Eso nos mantendrá felices y agradecidos.

Sueña, despierta y vive.

Locura Humana

"No estamos locos, solo un poco distraídos"

Entonces, ¿la locura me distrae?

Somos lo que somos, y la humanidad siempre ha tenido el sentido del desequilibrio natural, que raya en la locura. En su constante búsqueda de sí mismo, el ser humano ha matado, destruido, doblegado, esclavizado y manipulado a su misma especie, una y otra vez. Y pareciera que nunca encuentra el equilibrio.

Somos presa de la ignorancia que nos infunde el miedo a no trascender, a no encontrarnos y a perdernos para siempre en el olvido de nuestra propia insensatez.

Todo esto suena muy trágico y desolador. Generaciones enteras han pasado por este mundo y no hemos aprendido a convivir pacíficamente entre nosotros, muchos menos a tolerar nuestras formas de pensar. Pues si, en realidad, si es trágico.

Pero aún así, y a pesar de toda esa locura humana que hemos vivido por miles de años, el ser humano ha progresado y evolucionado. La humanidad ha tenido como propósito avanzar siempre y de manera acelerada, siempre queremos más. Más comodidad, más territorio, más placer, más riqueza… más poder.

Y es esa constante búsqueda de querer más de todo, es lo que ha hecho que el hombre prevalezca y domine este planeta. Desde el punto de vista existencialista, fuimos creados para evolucionar en la especie dominante y si lo vemos desde el punto de vista religioso, somos los "elegidos divinos" para hacer lo que queramos.

Nuestras mentes han sido condicionadas desde siglos atrás, en un proceso lento pero seguro de siempre prevalecer y sobrevivir, de dominar y controlar todo lo que no entendemos. Solo así, sentimos que continuamos con nuestro avance.

Después de esta visión medio fatalista simple y cruda, me gusta pensar que la humanidad tiene un propósito mucho más elevado que la simple existencia a costa de lo que sea.

Al igual que la evolución ha marcado la pauta para hacer de nosotros la especie dominante en el mundo, estoy seguro que nuestra conciencia

también ha evolucionado de una manera sorprendente. No solamente somos llamados a existir, también somos llamados a trascender. Nuestra conciencia como humanidad ha aprendido a auto-mejorarse, quizá por fuerza en muchas ocasiones, quizá por convicción en el mejor de los casos.

La humanidad avanza en su conciencia. Cada vez se vuelve más colectiva, más participativa y más tolerante. Son de esos cambios que no se aprecian a simple vista por la vorágine y la inmediatez de los medios de comunicación, que en su mayoría, siguen comunicando primero la locura.

El cambio de conciencia ahí está, existe, está presente en cada uno de nosotros de manera natural, sólo es cuestión de prestarle verdadera atención y actuar en consecuencia.

Seremos recordados por lo que hagamos, no por lo que fuimos. Todo lo que obremos en los demás abona para bien o para mal. Algunos tendrán la oportunidad de transmitir su conocimiento y su valía, otros se lo guardarán para sí, por ignorancia o por egoísmo. Pero todos al final de cuentas, todos abonaremos algo a la humanidad, para que su conciencia siga evolucionando.

Para los futuristas, el mundo será un mejor lugar para vivir, porque hemos logrado captar el verdadero propósito de la humanidad. Para los

fatalistas, el ser humano se autodestruirá eventualmente. Para los realistas, solo es cuestión de esperar lo que suceda, manteniendo una expectativa cómoda y sin prisas.

Para los soñadores-hacedores como yo, nos gusta creer que vamos en el camino correcto, aún con todas las fallas existentes, con toda la desesperanza que a veces nos agobia y con lo imperfecto de nuestra condición humana. Pero eso sí, sin dejar de soñar y sobre todo sin dejar de hacer.

Seamos hacedores de un mundo mejor, seamos constructores de la mejor versión de nosotros mismos. Descubramos nuestros dones, esos que nos fueron otorgados para contribuir a que este mundo, sea siempre un mejor lugar para vivir. Será valiosa nuestra aportación y definirá el rumbo de nuestra conciencia. Nos daremos cuenta que no estamos deprimidos y mucho menos locos, solo un poco distraídos.

Encuentra tu don y compártelo.

Corre, Nada y Pedalea

"El cansancio nos acecha, nos doblega, nos acomoda tan bien, que nos convence".

Y nos acostumbramos.

Al darnos cuenta que nuestro estilo de vida pasiva y sedentaria nos está matando aceleradamente, nos entra una ansiedad momentánea y el sentimiento de culpa y fatalidad nos agobia al tomarnos por sorpresa. Pero, solo es un momento efímero de ofuscación culposa.

A la muerte le vemos cara de "lejanía". Aún sabiendo que nos llegará de una u otra manera, solemos pensar: "Eso es algo que les pasa a otros, no a mí", por lo menos no hoy, así que, es mejor no pensar en ello.

No es bueno pensar demasiado en la muerte, es cierto, es un hecho que el ser humano no ha podido superar todavía y seguimos tratando de ganarle la partida constantemente. Pero el pensar en ella como algo inmediato, eso sí que no.

¿Cómo es posible que siempre nos gane la batalla?

¿Por qué a mí? Hay muchos antes que yo.

Es por eso que decidimos, que nuestra mejor arma es no prestarle atención y castigarla con el desdén de nuestra indiferencia.

Aún así, nuestro destino está sellado por ese hecho irreversible, seguro y totalmente ineludible. La frustración nos agobia cuando caemos en la cuenta que no sabemos el momento exacto en el que va a suceder. Insisto, por eso es mejor… no pensar en ello.

Si la vida es un proceso de mejora continua, el simple hecho de vivirla debería de ser un programa estructurado de procedimientos y reglas, que nos garanticen un mejor vivir.

El problema radica en que somos nosotros mismos los que establecemos ese programa. Comúnmente y por condición humana, lo establecemos de acuerdo a lo que nos gusta a corto plazo, y no a lo que nos conviene a largo plazo. La calidad de nuestro desempeño diario, depende de lo bien estructurado que hayamos planeado nuestro proceso de mejora.

Una mente entrenada, estudiada y preparada, nos puede ofrecer una seguridad económica aceptable, y en el mejor de los casos, envidiable.

Una relación personal duradera nos acompañará por ese camino que decidimos transitar, haciendo que la soledad no sea compañera permanente y que la sensación de transcendencia, abone siempre algo bueno a nuestra existencia.

¿Pero qué pasa con nuestro envase?

“Es tan cansado”, “no hay tiempo”, “algún día empezaré”, “es mi propósito para el siguiente año”, “no es para mí”, “sufro mucho”. Y la lista es larga, llena de argumentos que rayan en la insensatez, que a fuerza de repetirlos tantas veces en nuestra mente, o de plano en voz alta y sin ningún remordimiento, los creemos válidos.

Y negarlo y posponerlo es válido. ¿A quién le gusta sufrir cansancio y agotamiento?

Aún sabiendo que la actividad física regular nos proporciona una mejor salud, la desestimamos porque requiere de mucho trabajo y disciplina. Algo que no estamos dispuestos a hacer porque nuestra mente gana la batalla la mayoría de las veces, y a corto plazo, es lo que nos conviene.

Pudiéramos hablar mucho de los grandes beneficios que nos da el cuidar nuestro cuerpo a través de la actividad física, y tratar de convencer y

motivar a realizarlo regularmente. Pero al final de cuentas, la mayoría de nosotros volverá a su vida sedentaria y cómoda. Eso es un hecho.

Mejor, pensémoslo de otra manera.

Empecemos a detectar, ¿qué actividad física verdaderamente nos gusta?, no "tenemos" que ir al gimnasio, no "tenemos" que correr 3 km diarios porque es lo que hace todo el mundo. El hecho de deber o tener que hacerlo, ya nos representa una obligatoriedad, cosa que no nos gusta.

Busquemos algo divertido, donde el principal objetivo sea pasar un rato agradable, relajado, de convivencia. El sentido de hacer ejercicio cambiará drásticamente y las consecuencias positivas de hacerlo saldrán por si solas.

Normalmente hacemos ejercicio como un método de control por algo que estamos haciendo mal, y lo asociamos a una acción rectificadora de nuestro descuido consciente. Eso no es nada divertido.

El ejercicio debe en primera instancia, proporcionar felicidad, momentos que quisiéramos repetir y compartir. El beneficio de la salud y bienestar físico solo serán consecuencias secundarias de haberlo realizado. Y nuestra percepción de realizarlo, cambiará por completo.

Encuentra tu felicidad a través del ejercicio, sino lo has hecho es porque no has buscado bien, y porque sigues pensando en él como algo obligatorio, y no es así.

Cuando la encuentres, no le pongas la etiqueta de "deber hacer", mejor cámbiala por la de "querer hacer", todo tomará otro sentido y será parte de tu modo de vida, eso sí, con la garantía de que será bueno para tu salud y tu equilibrio emocional.

Corre, nada y pedalea. Esa es mi recomendación personal, hace tiempo que el triatlón me atrapó y representa un modo de vida retador, motivador, pero sobre todo inspirador, que me ha ayudado en muchos aspectos de mi vida. Sigo en la búsqueda constante del equilibrio, y se ha convertido en un proceso de mejora continua muy gratificante. Los beneficios que me ha proporcionado de salud, bienestar y de imagen, quedaron hace mucho tiempo en segundo término.

Una de tus pasiones está lista para que la descubras.

Búscala, encuéntrala y practícala. Te encantará hacerlo…

Soledad Acompañada.

"Quiero caminar acompañado siempre, me da miedo la soledad…"

Y la soledad caminó conmigo.

El ser humano es sociable por naturaleza, fue creado para vivir en comunidad, por lo menos eso es lo que la evolución ha marcado como constante en los miles de años que el hombre ha ocupado la Tierra.

Según los estudiosos, las habilidades del ser humano, han sido perfeccionadas gracias a su trabajo en equipo, a su pensamiento colectivo y a su capacidad de organizarse para unir fuerzas e inteligencias.

Todo eso es correcto, la humanidad no avanzaría a pasos agigantados, si no fuera por su constante uso del trabajo colectivo. La simple lógica lo marca y lo pone de manifiesto prácticamente todos los días.

Pero lo que nos ocupa, no es lo bien que lo ha hecho el hombre, lo sabio que ha sido al utilizar todos sus medios físicos e intelectuales para

avanzar como comunidad. Más bien, hablaremos de los conflictos que conlleva querer vivir pegados uno al otro todo el tiempo.

El ser humano padece de la dualidad “libertad-apego”. Es tan capaz e inteligente para poder ser libre de pensamiento y de acción, pero tan dependiente emocionalmente que no le permite desarrollar todo su potencial interior. Es decir, estamos auto-limitados.

La fascinación de esta dualidad nos inunda permanentemente entre lo que deseamos y lo que tenemos. Siempre deseando lo que no tenemos y desperdiciando lo que hemos alcanzado, sin darnos cuenta que nuestra vida se nos va en ello. Pero eso sí, muy civilizadamente.

Como la inteligencia es algo que creemos concreto, no tenemos reparo en cultivarla, acrecentarla, entrenarla y desarrollarla al máximo posible. Prueba de ello es el avance tecnológico al cual hemos llegado en tan poco tiempo, la inteligencia la podemos medir, calcular y hasta incrementar, al fin y al cabo solo requiere de capacidad mental, y para eso somos expertos.

Las emociones por el contrario, han sido un tema diferente. No las controlamos ni las medimos y mucho menos las entendemos a totalidad. Las hemos definido, catalogado, inclusive tratado de controlar a través de

medicamentos creados para ello. Pero, aunque no lo aceptemos, siempre nos abrazan y nos orillan a comportamientos “erráticos” que no entendemos.

Pareciera que fuimos creados como una balanza, que está en constante lucha por guardar el equilibrio. Nuestra mente y nuestro corazón se trenzan en una batalla sin cuartel, una quiere dominar a la otra y viceversa, sin entender que el verdadero juego de la vida, es coexistir.

Cuando nuestra mente no entiende a nuestras emociones, es cuando llegan los conflictos existenciales. “si quiero, pero no debo”, “me gusta, pero lo odio”, “eres mi mundo y mi perdición”, “procuro olvidarte escribiendo canciones que hablen de ti” y así, innumerables frases que a diario hemos repetido desde que vivimos acompañados unos de otros.

Nos gusta la compañía, nos encanta sentirnos vivos a través de los demás. No entenderíamos la existencia si no es compartiéndola con nuestros semejantes, no nos gusta estar solos.

¿Qué sentido tendría la vida, si solo cumpliéramos con el propósito de procrear y preservar la especie? Pues ese nada más, el instinto de conservación. Pero, el ser humano quiere más, quiere trascender, quiere dejar huella y para eso, necesita público.

Aprendamos a entender nuestras emociones, a hacerlas partícipes de nuestra vida como algo natural, a que puedan convivir con nuestra mente, dándonos ese equilibrio que tanto buscamos. Si bien somos seres pensantes, también somos seres emocionales.

Seamos capaces de procesar y disfrutar nuestros sentimientos hacia todo lo que nos rodea, sintiéndonos afortunados de poder percibir y de sentir la maravilla de la existencia, pero sobre todo, poder compartir ese sentimiento, conscientes de que nuestro semejante también los tiene.

Y si en el transcurso de tu vida no logras entender que vienes a este mundo a ser feliz. Vivirás una soledad acompañada, toda tu vida.

Piénsalo, pero sobre todo… siéntelo.

Quisiera ser Tú

"Si yo fuera… otra cosa sería"
Si yo tuviera… nada de esto pasaría"

Pero ni soy y ni tengo.
¿Qué se le va a hacer?

El paso por esta vida suele ser doloroso para muchos, increíble para pocos y común para la mayoría.

Lo doloroso es cuando nos acostumbramos a sufrir, a padecer todo lo que nos pasa, aprendiendo a agachar la cabeza y la voluntad, pensando que la gracia divina así lo quiso.

Lo increíble y maravilloso sucede solo cuando nos damos cuenta que tenemos el control total de esta vida que nos fue otorgada sin nuestro consentimiento. Y en vez de renegar de ella y aceptar todo lo que pase con sufrimiento perene, podemos moldearla a nuestro gusto.

Lo doloroso y lo maravilloso. Son dos caras de una moneda que denotan emociones bien definidas, tan opuestas y tan reales que se vuelven una constante toma de acción en la lucha diaria y el devenir de cada persona.

Lo común es lo mortal.

Aunque todos tenemos una fecha de caducidad desconocida, pensar que la vida es algo común y corriente, algo que simplemente sucede todos los días, nos asesina el alma.

Vuelve nuestra existencia algo sin sentido, carente de emoción, buena o mala, llena de una indiferencia paralizante que nos agobia silenciosamente, y que termina solo el día de nuestra muerte. Acabando en una inutilidad sofocante.

Aquellos que viven deseando la vida de otras personas, queriendo ser lo que no se atreven, dejando pasar el tiempo deseando ser otra persona, diferente a lo que "les tocó ser", siempre queriendo, pero nunca haciendo. Esas personas que ni siquiera se toman la molestia de pensar en que si pueden cambiar.

Serán aquellos que pasan por este mundo solo existiendo, padeciendo a cada momento la "insoportable levedad del ser". Esos, desafortunadamente, son la mayoría.

Sinceramente, no creo que sea por gusto. La facilidad con la que nos desconectamos de nosotros mismos es por mucho, la principal causa de nuestra mediocridad existencial. Estamos distraídos de vivir, carentes de voluntad para decidir en uno u otro sentido, olvidados del maravilloso gusto

de soñar y desear, de luchar y alcanzar. Se vuelve tan fuerte este padecimiento que ni siquiera tratamos de explicarlo, mucho menos componerlo. Es más fácil llamarlo… depresión.

El padecimiento de moda llamado depresión es a lo que deberíamos tenerle todo el miedo posible. El progreso galopante, el sentido de autodestrucción de sí mismo y de su entorno y el deseo de poder, se vuelven nada comparado con ese mal silencioso, escondido en la rutina, imperceptible para muchos y no aceptado para todos. La depresión mata el alma, encoge el corazón y al final destruye el verdadero propósito de la vida… ser feliz.

Los humanos prevalecerán por muchos años más, eso es casi un hecho, su instinto de conservación natural así lo exige. Lo triste es, las condiciones en las que va a prevalecer. Será un mundo donde la constante sea el existencialismo sin sentido, donde la trascendencia carezca de importancia, donde ya no se tome en cuenta la emoción verdadera de vivir…

Pero, no te deprimas. El objetivo de este escrito no es mostrar la fatalidad inminente.

Lo mejor será, la toma de conciencia y el despertar de nuestras emociones, yo le llamo “acción masiva imperfecta”. Vive con emoción, como si realmente te fuera la vida en ello. No te preocupes tanto por las

consecuencias ni lo pienses mucho, sal a vivir, a sentir, a equivocarte, a ayudar… a ser feliz.

Tu vida tendrá sentido, no será fácil ni feliz siempre, pero será emocionante, llena de momentos que te quiten el aliento y de sinsabores que te harán recordar que estás vivo, que vale la pena soñar y seguir luchando siempre.

El camino es lo importante.

No te distraigas y mucho menos… te deprimas.

Silencio ensordecedor.

"El ruido es intolerable, no me deja pensar, no me deja vivir… Es el silencio que me grita"

Y sordo me quede.

Queremos que nos escuchen, que nos valoren, que se fijen en nosotros, que sepan que existimos… que nos quieran.

Hablamos y decimos, gritamos y arrebatamos, lloramos y suplicamos. Hacemos todo lo que sea necesario para ser tomados en cuenta, para ser escuchados y que nuestras necesidades que tanto nos agobian sean atendidas con prontitud y exclusividad.

Es condición humana necesitar atención a cada momento, algunos se harán oír, otros serán ignorados, los hay quienes enmudecerán ante la impotencia que provoca su necesidad de atención, y los hay quienes suplicarán hasta la extenuación, esa pequeña mirada de interés que necesitan con urgencia.

La necesidad existe, está presente siempre, y el ser humano encontrará nuevas formas de expresarse y de transmitir su pensamiento, con el simple

propósito de ser escuchado. Siempre tenemos algo que decir, algo que nos duele o nos alegra, algo que compartir o reclamar, y el ciclo de comunicación no estaría completo si no lo expresamos de alguna manera.

Algunos hablan sin parar, algunos cantan, otros bailan, la mayoría trabaja, otros sueñan, algunos se motivan, otros más se pelean, los necios discuten, los inteligentes argumentan, los políticos mienten, los religiosos prometen la vida eterna, los amantes se aman y, hay algunos… que escriben.

"Mi forma de pensar es la correcta"

No hay frase más llena de necesidad que esa. No es una aseveración cualquiera, ni un dictamen cierto que ejemplifica nuestra inteligencia. Es más bien un grito desesperado de ayuda.

Tanta necesidad tenemos de ser escuchados y correspondidos, que en muchas ocasiones, la urgencia nos nubla el entendimiento, y nos paraliza la apertura, volviéndonos sordos e incapaces de escuchar. Víctimas de nuestra propia incapacidad, nos convertimos en personas de "una sola vía"… la nuestra.

Nuestro punto de vista es el correcto y el único, no pudiera ser de otra manera, imposible pensar así. Se me ha enseñado que primero soy yo, y

que para querer a los demás, me tengo que querer primero a mí mismo, así que, me quiero y quiero que me quieran.

Bueno, y si todos pensáramos así, el vivir se vuelve un griterío de ideas egoístas y sin sentido que provoca desacuerdos, disputas, rompimientos, pérdidas, desolación y guerras.

¿Y qué pasaría si aprendiéramos primero a escuchar? No solamente a oír. Verdaderamente poner atención e interés en lo que nuestro semejante está queriendo expresar. Y después de escuchar, emitir nuestro pensamiento y opinión sabiendo que también será escuchado. Seguramente, avanzaríamos mucho más rápido y mejor.

Las cosas fluyen cuando escuchamos. Las rencillas se superan, los acuerdos se respetan, las emociones se expresan, los miedos se toleran y nuestra capacidad de amar crece. No es nada nuevo lo que aquí escribo, no es una aportación sublime de nuevos conocimientos, tan solo quiero pensarlo, recordarlo, volver a caer en la cuenta que los silencios de mí alrededor ya no me ensordecen.

Y que con un poco de fe y suerte, quizá… sea escuchado.

Nuevo Comienzo.

Todo acaba, todo termina.

… pero no quiero,

… pero no puedo.

Cuando entendemos que la vida es un ciclo, todo es más fácil. Los apegos se sueltan, los momentos pasan, los ciclos se cumplen, las fechas llegan y las personas que se tienen que ir, se van.

La facilidad con la que esto sucede es lo que nos asusta, nos causa ese sentimiento raro de "¿y ahora qué hago?" causándonos un desasosiego emocional importante.

Pero de eso ya hablamos en algún capítulo de este libro.

Este es un Nuevo Comienzo, y para verlo como tal, tendríamos que entender primero ¿Qué es?, ¿Por qué sucede? ¿Quién tiene esa oportunidad? Llenarnos de preguntas queriendo que las respuestas nos alivien un poco la desazón que nos provoca la pérdida de lo "perdido".

En alguna ocasión escuche la frase: “segundo toque”, independientemente de la creencia religiosa que podamos tener, todos fuimos “tocados” por Dios. Nos ofreció la vida, nos dio la oportunidad de vivirla a nuestra manera, otorgándonos el maravilloso don del libre albedrío. Pero no creo que haya sido trabajo de una sola vez, más bien es una bendición permanente que nos ofrece cada vez que despertamos a un nuevo día.

Un segundo toque representa otra oportunidad de hacer las cosas de nuevo, si vencimos una enfermedad, si cambiamos de trabajo, si nos mudamos de ciudad, si empezamos un proyecto, si nos rompieron el corazón, si encontramos nuestro sentido, si nos acercamos a Dios. Y la lista es interminable, el secreto está en darnos cuenta que constantemente estamos llenos de nuevos comienzos.

La misma naturaleza marca sus ciclos y sus estaciones, sus comienzos y sus finales, el círculo de la vida es perfecto, renueva una y otra vez los ímpetus y las voluntades. Solo hay que estar atentos para que nuestra conciencia cambie y aprenda a renovarse.

Dios quiere que seamos abundantes, prósperos, compartidos, entusiastas, emocionales, inteligentes y cualquier adjetivo que se nos ocurra, pero no nos obliga. Es decisión de nosotros, y es ahí donde la magia sucede,

valoraremos nuestro entorno, nuestra situación, nuestras actitudes y hemos de decidir qué camino tomar, cuando detenernos, cuando acelerar el paso, cuando parar y cuando… comenzar de nuevo.

Y si nosotros tenemos tal poder de decisión, que literalmente nos hace responsables de nuestros actos, lo lógico sería… hacerlo bien.

Cuando termina un ciclo, pensemos en ello como la oportunidad que se nos presenta de un "segundo toque". Algo que nos es otorgado como un regalo, como una nueva oportunidad de hacer las cosas mejor de lo que lo hicimos anteriormente. Y si con esa actitud y voluntad hacemos todo lo que empezamos de nuevo, es muy probable que nos volvamos más sabios, más humanos, más agradecidos y por ende… más felices.

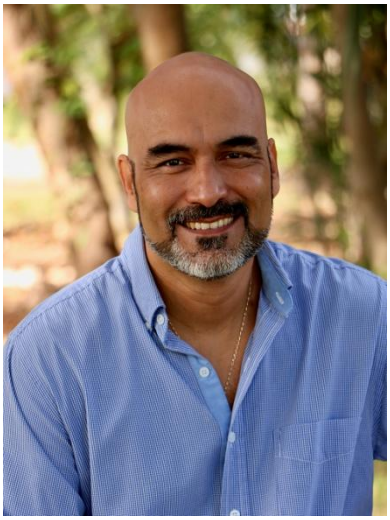
Tenemos la bendición de la libertad de pensamiento, aprovechémosla al máximo utilizando nuestra inteligencia, nuestro sentido común y nuestras emociones, hagamos un buen uso de ellas, para que nuestra vida cuente. Que valga la pena vivir de acuerdo a lo que decidamos, no más, no menos. Y nuestra forma y nuestro destino serán los correctos, caminando en una dirección que ya decidimos, libres, conscientes y felices.

Si has sido privilegiado con un “segundo toque” por la razón que fuese, agradécelo, hazlo honrando esa segunda oportunidad, que al final de todo, es solo para ti.

Bendecido seas…

Gracias por escucharme.

Sobre el autor.



Hola, soy Luis.

Empresario, educador, conferencista, orador, triatleta, libre pensador, soñador, hacedor, terco y loco. Creo que eso me define muy bien, pero sobre todo, apasionado de todo lo que hago.

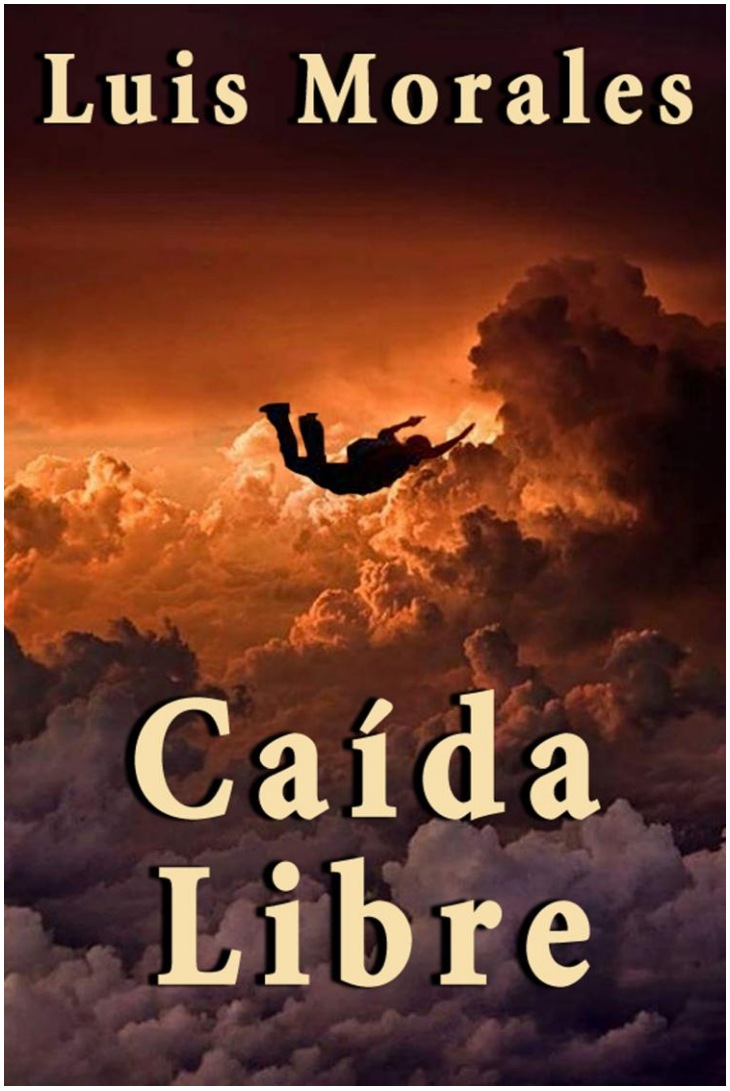
Este es mi segundo compendio de ideas y pensamientos, desde que descubrí que puedo ponerle orden y estructura a lo que pienso, me ha encantado. Sigue siendo un tipo de escritura sencilla e informal sin pretensiones elevadas de grandes tratados de intelecto y sobriedad. Siempre que escribo, me imagino que estoy platicando con un buen amigo(a). En eso se convierten aquellos que se atreven a leer mis locuras… en buenos amigos.

Así que, aquí estoy para servirles, disfruto mucho el poder compartir lo que hago y de alguna manera, aportar cosas positivas a los demás.

Gracias por leerme y permitirme platicar contigo.

Cuando la Caída Libre termina… los Nuevos Comienzos suceden.

Nunca te rindas.


Luis Morales
Caída
Libre

Cancún, México.
2017

Copyright © 2017 Luis Morales
Todos los derechos reservados.
luis@luismorales.mx
www.luismorales.mx